

# LA MUJER EN EL ARTE CANARIO

1



José Aguiar: "Motivo agrario". Museo Municipal, Sta. Cruz, Tenerife.



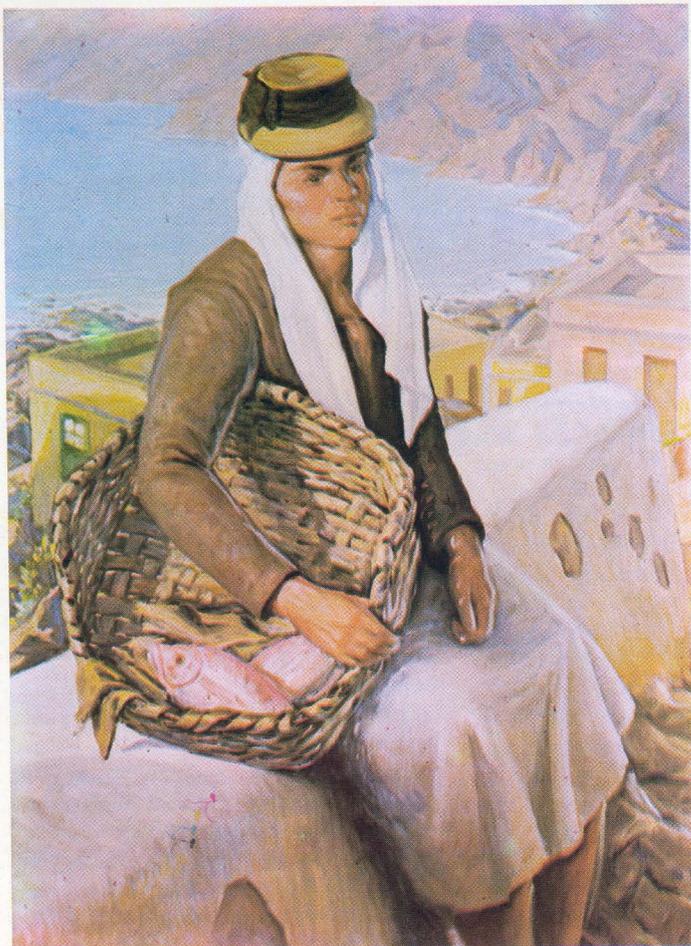
José Aguiar: *Alfombras*. Museo Municipal. Sta. Cruz, Tenerife.

La figura femenina ha sido posiblemente el tema que más profunda y continuamente han tratado los artistas plásticos a través de las distintas etapas históricas por las que ha atravesado su quehacer. Desde las pinturas rupestres —donde ya aparece la mujer como símbolo de la fertilidad, de la continuación de la especie— hasta esa innumerable galería picassiana que representa proteicamente a la mujer en múltiples facetas de su existir cotidiano y mítico, todos los pintores y escultores de cualquier

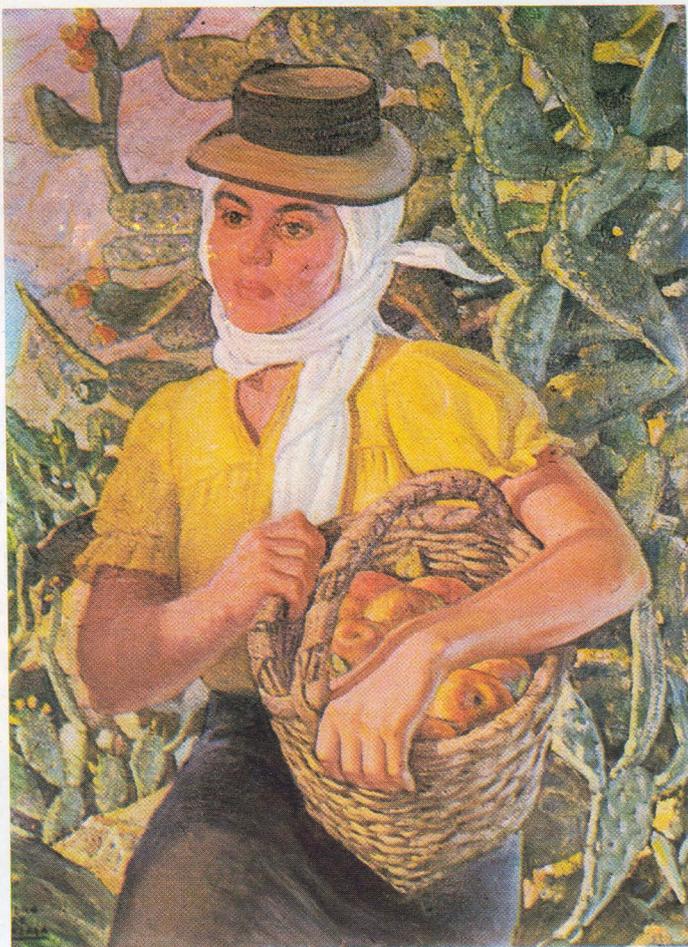
época han puesto su imaginación y su técnica al servicio de una idea que encarnaba un cuerpo o un rostro de mujer. A través de ella, el artista ha podido expresar la gracia y la fealdad; la virtud y la prostitución; la fidelidad y la perfidia: la amplia gama de sentimientos que, en definitiva, es patrimonio del espíritu humano y que por simple convención asume la mujer. En unas épocas o en otras se tendía, de acuerdo con la filosofía imperante, a ensalzar o disminuir el puesto que ocupaba la mujer en la sociedad, inter-

pretándola con aspectos unilaterales, según conviniera: musa, esposa, madre, prostituta, etc. Al cabo del tiempo poseemos completa la galería; es decir; tenemos, en el arte, a la mujer vista de todos los modos posibles, hasta ahora.

Los artistas canarios (y nos vamos a referir ahora sólo a los artistas canarios contemporáneos) han tratado también profusamente este tema, si bien su amplitud parece limitada. En general, nuestros artistas han tendido a la idealización de la



*Guerala: Campesina. Museo Municipal.  
Sta. Cruz, Tenerife.*



*Guerala: Campesina. Museo Municipal.  
Sta. Cruz, Tenerife.*

mujer, presentándola en sus aspectos más brillantes y míticos, soslayando por lo común las facetas sórdidas y negativas. El artista canario ha hecho de la mujer un símbolo de la raza; de ahí que haya puesto en ella una serie de cualidades poéticas que, aunque se den en la realidad, no constituyen desde luego toda la realidad.

De los artistas a que vamos a referirnos seguidamente, Guezala es, posiblemente, el que ajusta su obra a unos métodos más tradicionales, entroncados en cierta manera con la pintura costumbrista del siglo XIX. Sus figuras campesinas tienen un aire retratístico; en ellas hay poco de creación, en el sentido estricto del término, y mucho de composición a partir de modelos reales; buen conocedor de su oficio, y al tanto de las corrientes europeísticas del arte, Guezala llegaría en obras posteriores a abordar un tipo de trabajo cuya técnica reflejará la influencia del precubismo cezantiano.

En esa misma tónica de rea-

lismo hay que situar las obras de José Aguiar, si bien este pintor, persiguiendo la consecución de unos efectos decorativos, concede mayor libertad a la imaginación, acumulando en sus cuadros diversos elementos de carácter compositivo. Sus obras pretenden ser un sumario de motivos populares, y así conjuga los elementos humanos en un contexto geográfico típico, o empeñados en realizar unas acciones de índole tradicional. Tanto Guezala como Aguiar pretenden, a través de sus figuras femeninas, representar a la campesina insular, a la mujer del pueblo realizando sus faenas cotidianas, ataviada con sus vestidos folklóricos. La pintura de Aguiar, aún dentro de un innegable tono decorativo, posee una solidez mayor que la de Guezala, aunque contribuye a ello el gran formato que tienen habitualmente sus cuadros; así como su mayor y más justa riqueza cromática.

En contraste con la obra de los artistas citados, la pintura de Oramas aparece como de tono

menor, pero sólo en apariencia. Su empeño es, en efecto, menos épico; pero quizás por ello mismo nos resulta más auténtico. Las mujeres que Oramas pinta son genuinas mujeres de pueblo, tipos que el pintor observaba mientras trajinaban en humildes menesteres: lavar la ropa en la acequia, acarrear el agua, caminar por el campo... Son rostros no exentos de belleza, pero de una belleza poco amable; sus rasgos son duros, quemados, estáticos. Hay en esos rostros una cierta impassibilidad donde se adivina una vida interior sufrida y a punto de rebeldía (que no llega). Técnicamente, Oramas es, a primera vista, un pintor poco hábil, desligado de los recursos habituales del profesional. Pero esta inhabilidad constituye por otra parte una de sus características más acusadas. El arte no sólo es perfección; también, y en mayor grado quizás, es emoción. El dibujo torpe, los colores empleados en su composición pura, participan de una incontaminada y emocional visión del mundo que el artista traduce de manera expon-

tánea, elemental, sugerente. Las campesinas reflejadas en los lienzos de Oramas (muerto prematuramente a los veintiún años de edad) son, como su pintura, sencillas, de una pieza, sin ningún alarde efectista o teatral.

Tampoco es efectista la pintura de Santiago Santana, si bien encierra en ellas las posibilidades de que sus protagonistas femeninas asuman actitudes dramáticas. Pero esa pintura no pretende sugerirnos de ninguna manera referencias excesivamente gestuales, sino que se mantiene dentro de un inalienable sosiego. Santiago Santana suele representar en sus lienzos a mujeres campesinas y pescadoras. Su dibujo está cuidadosamente estilizado; los cuerpos femeninos aparecen velados apenas por túnicas sencillas. El colorido es suave: casi siempre a base de gamas grises, rosas, azules. La composición está perfectamente equilibrada; todos sus elementos se muestran ensamblados con absoluta naturalidad. Pero un rostro menos estático, o un color disonante, sugieren otra dimensión. Sobre sus mujeres parece en ocasiones gravitar un designio que las excluye de la colectividad; y ellas sobre-

llevan su condición de aisladas con resignación, sin recurrir nunca a la comunicación mediante el dramatismo gestual. Cuando Santana encierra a sus mujeres en unas formas ovales, aquel aislamiento parece alcanzar un más exaltado dramatismo, pero sin que las formas mismas rompan la armonía a que el pintor somete la estructura del cuadro.

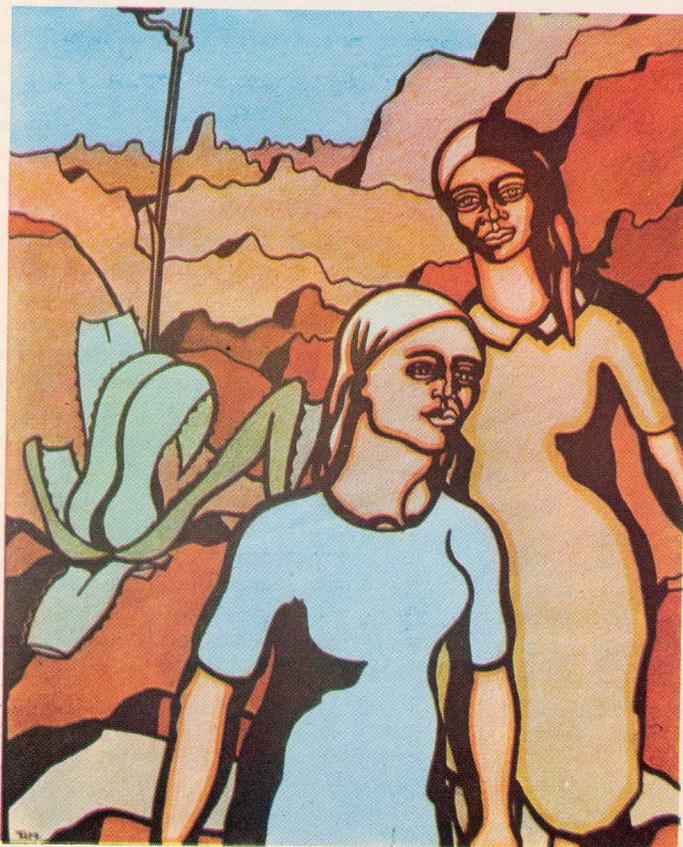
Si Santiago Santana simboliza en la pintura canaria la resignación fatalista, Felo Monzón representa la rebeldía, la inconformidad con el medio, la lucha. En la primera etapa de su trabajo (hasta 1936 aproximadamente) Felo Monzón realizó una síntesis indigenista donde aliaba el tipo humano de la isla con su paisaje natural. Hombres, mujeres y naturaleza tienen un mismo sentido de aspereza. El color pardo, repartidos en zonas de sombra y luz, se extiende sobre el dibujo. Unas compactas sombras modelan arbitraria y sugestivamente la escena. El verde del cardón o de la pita -verde pálido- contribuye a acentuar la sensación de sequedad que transmite la obra. Los rostros tienen rasgos negroides, hieráticos. Las mujeres cubren su cabeza con una mantilla blanca

-o negra-. Todos los tipos, y especialmente las mujeres, asumen una actitud de fuerza, de oposición, que los impele a transformar (a querer transformar) el medio en que se desarrolla.

Esta misma actitud de fuerza, pero quizás dirigida hacia otros objetivos menos inmediatos, está presente en la obra de Jesús Arencibia. También las mujeres de sus lienzos están extraídas del medio popular, pero de un estrato más tenebroso que los considerados hasta el momento: mendigas, echadoras de cartas, etc. gente que revela uno de los lados más sombríos de la existencia insular. La técnica de Arencibia -un expresionismo deformante, oscuro de color- hace que ese mundo se nos revele con un particular dramatismo. Un tipo muy distinto de figura femenina aparece en otros trabajos del pintor: el mural. Esas figuras alcanzan aquí una constitución, tanto física como psíquica, cuya fuerza va parejita con el lenguaje épico de la composición: son mujeres robustas, deadamanes sólidos y decididos, que transmiten su empuje y su seguridad a todos los elementos de la obra, imponiendo su presencia en ella de forma ostensible.

LAZARO SANTANA

Felo Monzón: Campesinas. Colección particular. Las Palmas.



Santiago Santana: Mujer sentada. Colección particular. Las Palmas.

